

# EL GRAN REFORMADOR

Francisco, retrato de un Papa radical

Austen Ivereigh

Traducción de Juanjo Estrella





*A Linda*



## Prólogo

Este libro nace de un encuentro con el Papa Francisco de apenas un minuto que tuvo lugar en la plaza de San Pedro en el mes de junio de 2013. A un colega y a mí nos habían proporcionado unas muy codiciadas entradas de primera fila para la audiencia del miércoles, día en que cabe la posibilidad de saludar al pontífice mientras este avanza y se detiene a conversar brevemente con miembros de delegaciones y otros invitados. Ese día tardó dos horas en llegar hasta donde nos encontrábamos porque, tras su alocución —esa combinación tan suya de humor cotidiano y sorprendentes metáforas—, desapareció durante lo que nos pareció una eternidad entre aquellos a quienes él llama «el santo Pueblo fiel de Dios». Ellos, los *anawin*, los pobres de Dios, y no nosotros, los que teníamos entradas de primera fila, eran su prioridad.

El sol era inclemente ese día, y el esfuerzo había hecho mella en él: cuando llegó frente a nosotros, Francisco, que había cumplido ya setenta y seis años, se veía sudoroso, acalorado y casi sin aliento. Pero lo que más me llamó la atención era la energía que desprendía: una mezcla bíblica de serenidad y júbilo travieso. El arzobispo de Canterbury, Justin Welby, la describió muy bien tras su encuentro con Francisco pocos días después. «El Papa argentino —dijo— es de una extraordinaria humanidad, ardiente de Cristo.» Si la alegría fuera una llamarada, uno tendría que estar hecho de amianto para no quemarse.

La fascinación que sentía por Francisco no había dejado de crecer desde la noche de su elección, el 13 de mayo de 2013.

Desde mi lugar en la plataforma elevada dispuesta para las transmisiones televisivas, con vistas a la plaza de San Pedro, ofrecía comentarios en directo para un canal de noticias británico. La fumata blanca había aparecido hacía ya una hora, y todos los medios de comunicación del mundo aguardaban el más mínimo movimiento de las cortinas del balcón. Minutos antes de que el cardenal Jean-Louis Tauran saliera a anunciar el nombre del nuevo Papa, me había llegado un rumor de quien había sido mi jefe, el cardenal arzobispo jubilado de Westminster Cormac Murphy-O'Connor, que había participado en las conversaciones previas al cónclave pero a quien su edad impedía formar parte del cónclave mismo. Él le había dicho a mi emisario que, dado que el cónclave había sido corto, el nuevo Papa podría ser perfectamente Jorge Mario Bergoglio.

«¿Bergoglio?» Era un nombre de mi pasado. Yo conocía su país, que comenzaba entre loros en húmedas selvas, se extendía entre inmensos rebaños de ganado y caballos por vastas praderas, encajado entre el mar y las montañas, y terminaba con pingüinos sobre bloques de hielo, entre ballenas. En otro tiempo había sido una nación rica, que se veía a sí misma como una avanzadilla de Europa varada en América Latina. Después se había convertido en un ejemplo paradigmático de promesa fallida, en una advertencia de cómo las profundas polarizaciones políticas paralizan a la sociedad. Recordé un viaje a Argentina en 2002 para escribir un artículo sobre el hundimiento económico del país, en que la gente alababa a su reservado y austero cardenal. Pero también regresó a mi memoria un tiempo más remoto, el de los inicios de la década de 1990, cuando me instalé en Buenos Aires para preparar mi tesis doctoral sobre Iglesia y política en la historia argentina. En el transcurso de sucesivas visitas, en medio de intentos de golpes de Estado y crisis monetarias, había llegado a adorar aquella ciudad seductora: al haber vivido allí durante muchos meses seguidos, mi español se había impregnado de las inflexiones y expresiones del porteño. Aquello había sido «allá lejos y hace tiempo», parafraseando el título de las memorias sobre Argentina que escribió W. H. Hudson. Ahora, Bergoglio me lo devolvió todo al presente.

En ese instante también regresó a mi recuerdo el cónclave de abril de 2005 en el que se había elegido Papa a Benedicto XVI, cuando me encontraba en Roma con el cardenal Murphy-O'Connor. Algunos cardenales apostaban por encontrar una alternativa pastoral a Joseph Ratzinger y volvían los ojos hacia América Latina, la nueva esperanza de la Iglesia. Pocos meses después, el diario secreto de un cardenal anónimo revelaba que Bergoglio, de Buenos Aires, había sido el otro contrincante en aquella elección. Pero, después de aquello, parecía haberse esfumado, hasta el punto de que casi nadie, en 2013, lo consideraba «papable». Por eso, precisamente, agradecí tanto aquel rumor: el cardenal argentino no figuraba en mi lista, ni en la de prácticamente nadie. Como mínimo, cuando las cortinas del balcón se descorrieron y se anunció la identidad del nuevo Papa, pude explicar quién era, y aportar algunos datos sobre su persona. A los comentaristas de los demás canales no les fue tan bien.

Posteriormente, el consenso general parecía indicar que Bergoglio había sido elegido sin más, que ningún grupo de cardenales había trabajado para lograr su elección. Pero si ello era así, ¿por qué mi antiguo jefe parecía tan seguro, antes del cónclave, de que sería él? Intuí que había algo más, que Bergoglio no se había esfumado, en absoluto, sino que había resultado invisible a nuestro radar eurocéntrico, y que había existido un grupo que buscó su elección.

Sin embargo, no era ese el motivo principal de mi curiosidad. Lo que a mí, en realidad, me interesaba saber era quién era, cómo pensaba, cómo lo había moldeado su condición de jesuita, cómo se posicionaba en relación con todas aquellas controversias que yo había estudiado hacía tanto tiempo. En aquellos primeros cien días del electrizante pontificado de Francisco, había sumido al Vaticano, y al mundo, en una tormenta, y le había «dado la vuelta a la tortilla», como a él mismo le gustaba decir. La gente intentaba encasillarlo en unos marcos que no tenían sentido en América Latina, y aún menos en Argentina, donde el peronismo había hecho estallar las categorías de «izquierda» y «derecha». Aquellos malentendidos habían dado origen a afirmaciones contradictorias: ¿Un obispo de barrio marginal que se había acomodo-

dado a la dictadura militar? ¿Un jesuita retrógrado que se transformó en obispo progresista? Había quien pretendía asegurar que era ambas cosas, y que su «conversión» se había producido durante su exilio en Córdoba a principios de la década de 1990. Quienes en Argentina lo conocían bien, decían, sencillamente, que no fue cierto. Pero ¿qué relato alternativo existía?

Las primeras biografías argentinas, redactadas a toda prisa por periodistas que llevaban años informando sobre él, estaban salpicadas de anécdotas fascinantes y de datos, y este libro ha contraído una gran deuda con ellas. Pero, lógicamente, su enfoque se centraba en los años posteriores de Bergoglio como cardenal, sobre los cuales existía abundante información en papel y vía internet, y dejaba prácticamente inexplorados sus treinta años como jesuita, la época de las controversias, así como el periodo en que se habían conformado su espiritualidad y su visión del mundo. ¿Qué pasó exactamente entre Bergoglio y los jesuitas? Presentí que, si llegara a comprenderlo, todo lo demás me resultaría mucho más claro.

Al conocer a Francisco durante ese breve minuto en la plaza, bajo aquel sol de justicia, la mano que apoyó con fuerza en mi brazo me transmitió valor. No pretendo que él quería que yo escribiera esta biografía (detesta la idea de que se escriban libros sobre él: quiere desviar la atención hacia arriba), pero esa firmeza al tocarme me dio ánimo: en tanto que extranjero que había lidiado largamente con la complejidad de Argentina y que conocía a los jesuitas, tal vez estaba bien situado para ayudar a quienes, desde fuera, quisieran comprender el enigma de Francisco.

En octubre de 2013 partí rumbo a Buenos Aires con la intención de pasar cinco semanas intensas entrevistando y documentándome, obteniendo copias de la mayor parte de lo que el Papa había escrito, que en su mayoría se encontraba agotado. Una vez allí, seguí los pasos de Bergoglio más allá de la capital, y visité San Miguel, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, y sobrevolé los Andes para recalar en Santiago de Chile.

Realicé otros viajes en el transcurso de la redacción de este libro, uno de ellos a Río de Janeiro, Brasil, para asistir a la Jornada Mundial de la Juventud de 2013; y dos a Roma, en una oca-



sión para presenciar el nombramiento de cardenales que tuvo lugar en febrero de 2014, y en otra para ser testigo, en abril del mismo año, de la canonización de Juan XXIII y de Juan Pablo II. En numerosas entrevistas con jesuitas, exjesuitas y otras personas cercanas a él durante sus veinte años como obispo, arzobispo y cardenal, el relato que faltaba empezó a tomar forma. Me di cuenta de que muchas de las historias importantes sobre Francisco todavía no se habían contado, y que solo comprendiendo ese pasado profundo —de Argentina, de la Iglesia, de los jesuitas—, podría comprenderse el pensamiento y la visión del Papa Francisco. *El Gran Reformador* es, necesariamente, no solo la historia de Bergoglio, sino también esas otras historias.

Normalmente, las biografías se escriben después de que su protagonista haya muerto o se haya retirado de su actividad. En los cinco meses que duró la redacción de la presente obra —de diciembre de 2013 a junio de 2014—, el sujeto se ha convertido en un fenómeno mundial. Ha resultado imposible no tener en cuenta los vínculos que existen entre Bergoglio y Francisco, ni pretender que el lector no pensaría en este mientras leyera sobre aquel. Sabía que el retrato debía de abarcar más que la historia más remota de Bergoglio; que el pontificado de Francisco, que ya iba desarrollándose a toda velocidad, se vería a través de su biografía. Aun así, llevar constantemente al lector hacia delante, hacia el Papa Francisco, no solo me obligaría a alterar el relato, sino a cometer el crimen de la hagiografía al leer el pasado a través de los ojos del presente, como si su vida anterior hubiera sido un acto de calentamiento con vistas a su papado. Mi solución pasa por iniciar cada capítulo con un episodio importante (un viaje, un documento) del pontificado de Francisco para que el lector lo tenga fresco en la mente: de ese modo pueden establecerse conexiones interesantes —en ocasiones provocadoras— con el pasado sin forzar el flujo o la integridad de la narración. En el epílogo confluyen los dos cauces: analizo su primer año y sugiero hacia dónde está llevando a la Iglesia su notable papado.

*El Gran Reformador* es, pues, una biografía cronológica, aunque de cronología no rigurosa: se fija en historias que ponen

de relieve el objeto de la misma para, acto seguido, alejar el plano e incluir la tierra y la historia que le han dado forma. En los primeros capítulos, en los que me refiero a él como «Jorge», hasta el momento de su ordenación, se viaja a las divisiones y tensiones de la historia política y eclesiástica de Argentina que resultan esenciales para comprender su visión. La historia de los jesuitas, a nivel mundial y en su país, y tanto su pasado como su presente, tiene mucha presencia: tanto los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, que con tanto peso han conformado el pensamiento, la espiritualidad y el liderazgo de Bergoglio, como las luchas en el seno de la Compañía de Jesús (los jesuitas) ante su necesidad de renovación tras el Concilio Vaticano II, juegan un papel principal en la primera mitad del libro. En toda su extensión, *El Gran Reformador* se toma en serio la espiritualidad jesuita de Bergoglio, en la que el discernimiento es la clave para su toma de decisiones. Él no solo ha elaborado y elabora juicios sobre la base de la información y los intereses, sino allí donde ve la voluntad de Dios, y de su oponente: la tentación del «mal espíritu».

Mientras escribía el libro he leído miles de palabras de Bergoglio: desde su primer artículo, publicado en 1969, hasta sus meditaciones para los retiros y sus homilias como cardenal. (Es un escritor nato, vívido, preciso.) La mayor parte de sus primeros textos y casi todas sus homilias están publicados solo en español, y las traducciones son casi siempre mías, incluso en los casos en los que existe otra versión, a menos que se especifique lo contrario. Lo mismo puede decirse de las entrevistas que, en casi todos los casos, tuvieron lugar en español, y han sido heroicamente transcritas en Argentina por Inés San Martín (actualmente corresponsal en Roma del *Boston Globe*) y traducidas por mí. A fin de evitar un exceso de notas, debe asumirse que las citas provienen de los entrevistados (enumerados al final), a menos que se especifique lo contrario. En las Notas sobre las fuentes figura una lista detallada de los escritos, entrevistas y otros recursos de los que ha bebido esta obra.

En *El Gran Reformador* aparecen historias que llamarán la atención por la nueva luz que arrojan sobre zonas de controversia o episodios importantes en la vida de Francisco. Pero existe un hilo narrativo, que el título captura, y que las relaciona a todas: el de un líder eclesiástico que, desde una edad temprana, se sintió llamado a ser un reformador, y al que se ha concedido la autoridad para serlo. Esta es la historia no solo del hombre, sino también de sus tres reformas: de la provincia jesuita de Argentina, de la Iglesia argentina, y ahora de la Iglesia universal. Sus dos guías, sus dos faros, han sido dos teólogos franceses, Yves Congar y Henri de Lubac, que le enseñaron a unir al Pueblo de Dios mediante una reforma radical destinada a santificarlo. Si el lector llega a captar la existencia de ese hilo conductor y, como consecuencia de ello, a comprender mejor este papado, este libro habrá cumplido su propósito.

Algunas de las mejores anécdotas e ideas que figuran en estas páginas se me ocurrieron gracias a encuentros fascinantes, de gran calidez e intensidad humanas, que se produjeron en Argentina, en Roma y en otros lugares. En las Notas sobre las fuentes habrá espacio para darles las gracias a todos individualmente. Pero aquí quiero agradecer en general a aquellos —incluidos jesuitas, cardenales y confidentes de Jorge Bergoglio que, en algunos casos, no han querido ser mencionados— por adentrarse en territorios tensos y complejos a petición mía, además de a otros que compartieron conmigo confidencias que fácilmente podrían usarse indebidamente. Espero que, incluso en aquellos casos en que llegue a conclusiones con las que puedan no estar de acuerdo, *El Gran Reformador* esté a la altura de la confianza que depositaron en mí.

Entre los entrevistados que mayor confianza me demostraron, y que más me motivaron, estuvo el obispo Tony Palmer, uno de los hijos espirituales del Papa Francisco al que nos lo encontramos en el capítulo 9 y, de nuevo, en el Epílogo. Palmer, un infatigable trabajador por la unidad de las Iglesias, fue la fuerza motriz tras un gran acuerdo que empezó a perfilarse, con el apoyo del Papa, entre católicos y evangélicos, y cuya historia oculta se desvela en estas páginas. Tony me había estado po-

niendo al corriente de aquellas novedades históricas mientras el libro estaba a punto de entrar en imprenta, cuando me llegó la noticia de su muerte en el accidente de moto que sufrió el 20 de julio de 2014. Estoy convencido de que su muerte no pondrá fin a la labor que él y Francisco han iniciado.

## Allá lejos y hace tiempo (1936-1957)

Para su primer viaje apostólico fuera de Roma, el primer Papa nacido de migrantes en el Nuevo Mundo optó por una pequeña isla italiana a cuyas bellísimas playas habían llegado a lo largo de los años miles de cadáveres abotagados, traídos por las corrientes. Francisco había leído en los periódicos poco después de su elección, consumada el 13 de marzo de 2013, que más de veinticinco mil norteafricanos habían perdido la vida de ese modo —muchos más que los seis mil que habían muerto en los desiertos de Estados Unidos tras cruzar la frontera mexicana. ¿Quién lo supo? Escandalizado al pensar que fueran tan pocos quienes estuvieran al corriente de ello y a quienes pareciera importarles, decidió hacer de Lampedusa —a 113 kilómetros de las costas africanas— su primera visita papal a la periferia de Europa.

La misa que celebró en el estadio deportivo de la isla fue una eucaristía de penitencia en la que suplicó el perdón. Durante la homilía, tomando la conocida pregunta de Dios a Caín que figura en el Génesis: «¿Dónde está tu hermano? —preguntó—: ¿Quién es responsable de esta sangre?» Dirigiéndose a los presentes tras un altar construido con madera de una de las barcas naufragadas, sujetándose el solideo blanco con una mano para que el viento no se lo llevara, dijo que en esos momentos se acordaba del personaje llamado el Innominado, que aparecía en *Los novios*, la novela de Alessandro Manzoni: un tirano sin nombre y sin rostro. Después pasó a la parábola del Buen Sama-

ritano, comparándonos a nosotros (en todo momento se incluía a sí mismo) con el levita y el sacerdote que pasaron «dando un rodeo»: «Vemos a nuestro hermano medio muerto junto al camino y tal vez digamos para nuestros adentros: “Pobre hombre...”, pero seguimos nuestro camino», apuntó. Pero la puntilla la dio al denunciar lo que llamó una «cultura del bienestar, que nos lleva a pensar solo en nosotros mismos, nos hace insensibles al grito de los otros». Nos hace vivir en «pompas de jabón». Así, dijo, acabamos con una «globalización de la indiferencia».

El nuevo Papa venía para molestar a los cómodos. Había ligado a aquellos que vivían bien con los migrantes pobres que morían en el mar. Pero sabía que la culpa, por sí sola, no funcionaba.

Francisco era jesuita, miembro de la Compañía de Jesús, y aunque llevaba mucho tiempo siendo obispo y, por tanto, dispensado del cumplimiento de sus votos, seguía anteponiendo las iniciales SJ a su nombre. Estaba profundamente imbuido de la espiritualidad de su fundador, san Ignacio de Loyola, creador de los célebres *Ejercicios Espirituales* y que había instado a la gente que rezaba a pedir al Espíritu Santo (o, como él decía, «a pedir la gracia de») sentir lo que hacía falta —regocijo al ver a Jesús, por ejemplo; o respeto ante la visión de las multitudes; o tristeza a los pies de la Cruz—. Ahora, en Lampedusa, el primer Papa jesuita dirigió al mundo entero en un ejercicio espiritual, instando a todo el que escuchara a «pedir la gracia de llorar por nuestra indiferencia, de llorar por la crueldad del mundo, por nuestra crueldad, y también por la crueldad de aquellos que, de manera anónima, toman decisiones que producen dramas como este». Estaba invitando al mundo a sentir, porque a menos que se implicara el corazón, nada cambiaría.

De pronto Lampedusa, y la tragedia que esta simbolizaba, aparecía en los informativos, en los que sus presentadores informaban cómo unas barcas inestables y sobrecargadas por culpa de traficantes de seres humanos se hundían muy a menudo durante las travesías, y cómo aquellas naves de la esperanza se convertían en trampas mortales flotantes. Algo parecido a un resultado llegó tres meses después de la visita papal, cuando 366 somalíes y eritreos murieron después de que se declarara un incendio en

el barco en el que viajaban, frente a las costas de Lampedusa. De una vez, el mundo se sobresaltó y tomó nota. Un año después todavía fue noticia cuando unos buceadores encontraron la embarcación, con los cadáveres en el lugar del naufragio, abrazados en el fondo del mar.

Francisco, a su llegada a Asís un día después de dicho incendio, declaró un «día de lágrimas» por las víctimas. Políticos y directores de periódicos, percibiendo una nueva conciencia de incomodidad, empezaron a decir que tal vez las políticas de inmigración no pasaban solo por mantener a la gente fuera de un territorio, sino que también debían pasar por permitir la entrada de personas. Un senador italiano pidió la creación de un «corredor humanitario» para poner coto al poder de los traficantes. Francisco había hecho estallar una pompa de jabón.

Ese mismo año el Papa se desplazó hasta otra isla situada también en la periferia de Europa, y celebró una misa en Cerdeña, en la iglesia de Nuestra Señora de Bonaria, la virgen que había dado nombre a la capital de Argentina. Allí habló a los mineros desempleados, diciéndoles que sabía qué era eso de sufrir por las crisis económicas, pues sus padres habían vivido durante la Depresión mundial y a menudo hablaban de ella. Él había aprendido que, «donde no hay trabajo, no hay dignidad», les dijo, y añadió que era «un sistema económico el que causa esta tragedia, un sistema económico que tiene su centro en un ídolo llamado dinero».

Emigración y empleo: esos fueron los temas con los que Francisco inició su papado, los temas que preocupan a los pobres.

Él sabía lo que implicaba dejar una tierra para ir a otra, «esa fortaleza, así como el gran dolor, que nace del desarraigo», como declaró en una ocasión en referencia a su abuela Rosa. Francisco nació en un país de América forjado a partir de millones de desarraigos similares. La nostalgia —palabra derivada de la raíz griega «*nostos*» (regreso) y de la desinencia -«*algia*», dolor—, es decir, el anhelo por regresar al lugar de origen, corría por sus venas. «Cuando la perdemos —dijo en 2010—, abandonamos a nuestros mayores: ocuparnos de la gente mayor significa honrar nuestro pasado, el lugar del que provenimos.»

En Lampedusa se había montado en un barco y había depositado una corona de flores sobre las olas del mar. Como había declarado durante la homilía que pronunció en la isla, no era casual que el destino de los inmigrantes de la isla le doliera «como una espina clavada en el corazón». Tal vez le recordaran a aquella ocasión, muchos años antes de que él naciera, en que quinientos pasajeros, casi todos de tercera clase, se habían ahogado en las costas del noroeste de Brasil.

Ocurrió en octubre de 1927, cuando un barco de pasajeros italiano que navegaba hacia Buenos Aires se hundió después de que el aspa dañada de un propulsor rasgara el casco. El *Principessa Mafalda* era uno de los transatlánticos más rápidos y lujosos de su tiempo, el preferido de famosos como el cantante de tangos Carlos Gardel. Fue el «*Titanic* de Italia», un desastre fruto de la arrogancia y la incompetencia humanas.

Los abuelos de Jorge Mario, Giovanni Angelo Bergoglio y Rosa Margarita Vasallo di Bergoglio, junto con sus seis hijos —entre ellos Mario, el padre de Francisco—, habían adquirido billetes de tercera en ese barco. Pero como los trámites de la venta de su cafetería de Turín se habían demorado más de lo previsto, en el último momento cambiaron sus pasajes por otros en el transatlántico *Giulio Cesare*, que zarpó un mes después.

Aquel golpe de suerte formaba parte de la leyenda familiar de los Bergoglio.

Al emigrar a Argentina, los Bergoglio seguían una senda que, antes que ellos, habían recorrido centenares de miles de italianos.

Según un chiste latinoamericano, mientras que los mexicanos descienden de los aztecas, y los peruanos de los incas, los argentinos descienden de los barcos. En el periodo de la emigración masiva a Argentina, entre 1880 y 1930, eran tantas las embarcaciones que llegaban procedentes de Italia que el escritor Jorge Luis Borges solía bromear que no podía ser argentino puro, pues no tenía sangre italiana. Un vistazo a la guía telefónica de Buenos Aires nos cuenta la misma historia, como también



la lista de los cardenales arzobispos del siglo XX. Solo uno de ellos (Aramburu) era de origen español; los demás —Copello, Caggiano, Quarracino, Bergoglio— eran todos «tanos», como se los conoce en argot argentino. Los italianos dieron a las ciudades argentinas no solo *trattorie*, pizzas y unos helados exquisitos, además de la costumbre de comer ñoquis (*gnocchi*) los últimos viernes de cada mes, sino que aportaron a los argentinos una entonación inconfundible al hablar, así como esa gesticulación enfática suya tan característica.

Como suelen hacer los inmigrantes, los recién llegados iban al encuentro de otros familiares. A los tres hermanos de Giovanni Angelo Bergoglio les había ido bien en Paraná, provincia de Entre Ríos, desde su llegada, hacía siete años, a aquel boyante puerto fluvial situado río arriba desde Buenos Aires. Con los beneficios derivados de su empresa de pavimentación, los tíos abuelos del futuro Papa habían erigido una impresionante mansión de cuatro plantas con un bello torreón, la única dotada de ascensor. La familia la llamaba el «Palazzo Bergoglio».

Para Giovanni Angelo y Rosa, ese era su segundo gran traslado en pocos años. Se habían casado y habían criado a sus seis hijos en la localidad de Portacamaro —donde el apellido Bergoglio es bastante común—, perteneciente a la provincia de Asti y, por tanto, a la región del Piamonte, en el noroeste de Italia. Eran de origen campesino pero, como muchos otros en su época, accedían a la clase media a través de la educación de sus hijos. En 1920 se habían trasladado unos cincuenta kilómetros al oeste y se habían instalado en Turín, donde la cafetería que regentaban apenas les daba para la escolarización de sus hijos. El padre del futuro Papa, Mario (su único hijo varón), era *raggionere*, es decir, contable, y trabajaba en la Banca di Italia.

Cuando, tras la travesía de cinco semanas, en enero de 1928 los Bergoglio desembarcaron en Buenos Aires, el modelo de crecimiento del país, basado en unas exportaciones que lo habían convertido en la octava potencia económica mundial, más afín a Canadá y a Australia que a los demás países latinoamericanos, estaba a punto de llegar a su fin. El desplome de Wall Street el año siguiente, que desencadenó la Gran Depresión,

acabaría dejándolos sin blanca y los obligaría a volver a empezar de nuevo. Aquella recesión, y la guerra mundial que la siguió un decenio después, supondrían un cambio en la posición que Argentina ocupaba en el mundo, y desencadenaría nuevas turbulencias en su economía y su política.

Pero al descender del *Giulio Cesare* y pisar por primera vez un Buenos Aires sumido en el calor tórrido del verano austral, aquel nuevo horizonte todavía resultaba invisible para los padres y los hermanos de Mario. Rosa se aferraba a su abrigo de piel de zorro, como si fuera pleno invierno, pues cosidos en el interior del forro llevaba los ahorros de la venta de la cafetería de Turín. Los Bergoglio apenas tuvieron tiempo de admirar las grandes avenidas y los edificios señoriales de la *belle époque* de la capital, conocida como «el París de Sudamérica», e iniciaron a toda prisa el viaje, río arriba, que los llevaría a su nueva vida en Entre Ríos.

Aunque Argentina se había independizado de España en 1816, durante bastantes décadas posteriores fue una nación-Estado solo en el sentido técnico. En ausencia de una autoridad central, la idea de una nación unida gobernada desde Buenos Aires por abogados y comerciantes —la ambición de los autodenominados «unitarios»— no provocó más que caos. Desde la década de 1830 a la de 1860 el país fue una confederación de provincias autogobernadas dirigidas por caudillos, propietarios de ganado al mando de ejércitos formados por vaqueros o gauchos. Los más importantes de ellos fueron Juan Manuel de Rosas, en la provincia de Buenos Aires, Estanislao López, en Santa Fe, y Facundo Quiroga, en La Rioja. Sus inmensas estancias dedicadas a la cría de ganado vacuno y ovino, algunas de las cuales del tamaño de naciones europeas, albergaban en su época la mayor parte del poder y la riqueza del país. De los tres, el que obtuvo mayores éxitos, el que duró más y el que acumuló más riquezas fue Rosas, el «restaurador de las leyes», que gobernó entre 1835 y 1852 como un Napoleón criollo. A pesar de su temible fama de autoritario, se trataba de un hombre ilustrado, buen gestor y líder pragmático, cuya fuerza política se basaba

en su estrecha relación con los gauchos. Comprendía bien las necesidades de estos, su cultura y la importancia de discernir el momento adecuado para actuar. Posteriormente, Bergoglio extraería de una carta que Rosas escribió a Quiroga sus propios principios para el buen gobierno, entre ellos uno muy importante: «La realidad es superior a la idea.»

Solo tras la derrota de Rosas en 1852 —el «Tigre de Palermo» se retiró con su esposa, sorprendentemente, a una casa de campo de Southampton, Inglaterra—, los artífices del proyecto liberal se vieron libres para revertir aquel principio. Lo que siguió fue el intento de injertar una nueva idea de nación, una idea que era moderna, liberal, ilustrada y cosmopolita, en el pie de una colonia católica española.

La emergente economía basada en la exportación llevaba el poder y la riqueza hacia las ciudades, donde mandaban los abogados y comerciantes unitarios. Aun así, y a pesar de acordar la aprobación de una Constitución nacional, se sucedieron más años de levantamientos de caudillos contra el Gobierno central, hasta que, en la década de 1870, la guerra de la Triple Alianza contra la vecina Paraguay, contribuyó a zanjar la cuestión. El Ejército nacional, que regresó victorioso del conflicto, podría empezar, a partir de entonces, a imponer la voluntad del Estado.

Se construyeron líneas férreas y escuelas, y empezaron a llegar emigrantes. La ambición del presidente Domingo Faustino Sarmiento era europeizar la Argentina. Soñaba con que europeos protestantes del norte llenaran los vastos espacios despoblados del país, convirtiendo lo que él consideraba actitudes bárbaras de caudillos y gauchos en cosa del pasado, e inaugurando una civilización de modernidad y progreso, en la que Argentina ocupaba cada vez más un puesto en la economía internacional. Los espejos en los que se miraba ese proyecto, económica, política y culturalmente, eran Inglaterra y Francia; viajando en su dirección, el progreso anunciado sacaría a la Argentina liberal de su pasado atrasado, hispánico, colonial y mestizo.

En ese choque entre la modernidad y el pasado, entre lo extranjero y lo nacional, entre lo viejo y lo nuevo, se originan las guerras culturales argentinas del siglo XX.

La clase dirigente argentina, en su mayor parte criolla —es decir, formada por españoles nacidos en América Latina— tenía una mentalidad que no difería mucho de los Jefferson y los Washington de Estados Unidos. Pero la religión de la élite liberal argentina no era el deísmo ni el unitarismo, sino la francmasonería, que proporcionaba a sus seguidores una base institucional con la que oponerse a la Iglesia católica. La suya era una mentalidad modelada por las ideas sociales darwinistas en relación con la ciencia y la superioridad de la cultura blanca (preferentemente protestante). Sarmiento y otros presidentes de finales del siglo XIX se sintieron decepcionados al constatar que la mayoría de los emigrantes que llegaban eran sobre todo italianos y españoles, más que suizos y alemanes. Además, veían la derrota de los salvajes de las llanuras como un triunfo inevitable del progreso racial.

Según esa concepción ilustrada y liberal, la Iglesia católica —y toda la religión— era del pasado, una afrenta a la razón, el credo del mundo rural y mestizo que la Argentina moderna quería dejar atrás. Pero la intención no era erradicar la Iglesia, sino controlarla. La población no estaba lista para tanto avance científico, declaró el estadista dominante de la época, Juan Bautista Alberdi (muerto en 1884) y, entretanto, la sanción divina de la moralidad religiosa «es el mecanismo más poderoso disponible para moralizar y civilizar a nuestro pueblo».

Del mismo modo que, en Estados Unidos, el mundo de los vaqueros en los territorios fronterizos fue objeto de una lectura romántica justo en el momento en que empezaba a desaparecer, en la Argentina de la década de 1870 comenzaron a popularizarse los relatos de la vida de los gauchos en la pampa. El poema épico de José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*, uno de los favoritos de Bergoglio, y considerado el clásico argentino por antonomasia, es a la vez una protesta ante el maltrato recibido por los pobres en el mundo rural a manos de terratenientes y militares, y una celebración de un estilo de vida que se desvanecía por culpa de la instalación de alambradas y la llegada de extranjeros. Así, Fierro se lamenta de la presencia de emigrantes italianos: «Yo no sé por qué el gobierno /nos manda aquí a la

frontera / gringada que ni siquiera / se sabe atracar a un pingo. /  
¡Si creará al mandar un gringo / que nos manda alguna fiera! /  
No hacen más que dar trabajo, / pues no saben ni ensillar; / no  
sirven ni pa carniar, / y yo he visto muchas veces / que ni voltia-  
das las reses / se les querían arrimar.» Los sacerdotes de Buenos  
Aires aseguran que Bergoglio era capaz de recitar, de memoria,  
varios pasajes de Martín Fierro. Como cardenal, en 2002, usó el  
poema en plena crisis devastadora, para ayudar a imaginar de  
nuevo la nación que Argentina estaba llamada a ser.

Hacia 1880, el federalismo se había agotado como fuerza y el proyecto liberal —centralizador, modernizador, capitalista— no tenía rivales. Buenos Aires se convirtió en la capital federal, y la ciudad de La Plata en capital de la provincia de Buenos Aires. Se celebraban elecciones nacionales: los presidentes cumplían mandatos de seis años, y los sucedían otros presidentes elegidos en las urnas. Como democracia, distaba mucho de ser perfecta: hasta 1912, solo los ciudadanos nacionalizados que fueran también propietarios de tierras podían votar, y un solo partido, el Partido Autonomista Nacional (PAN), formado de una coalición de fuerzas provinciales, se aseguraba la perpetuación en el poder tanto por medios lícitos como ilícitos. Pero el sistema aportó estabilidad, y se sucedieron cinco décadas de rápido crecimiento: los bienes financieros e industriales entraron a espuertas, y con ellos millones de inmigrantes del sur de Europa, mientras que las exportaciones, principalmente trigo, carne de ternera y lana, no dejaban de crecer. En esa primera era de la globalización, propiciada por grandes reducciones en los costes —la máquina de vapor y los propulsores de barcos tuvieron el mismo efecto en su época que el microchip en la nuestra—, Argentina fue el «tigre económico» de su tiempo, lo que, según sus defensores, era prueba de las bondades del sistema capitalista de libre mercado.

Los economistas lo denominan «ventaja comparativa»: lo que Argentina producía bien y a buen precio era lo que los países europeos necesitaban, y viceversa. A medida que la demanda de las exportaciones argentinas se aceleraba, los territorios de frontera se iban ampliando; en 1879 la llamada Conquista del

Desierto arrebató ocho millones de hectáreas de tierra a los indios tehuelches y araucanos y se las entregó a apenas cuatrocientos terratenientes. A medida que inmensas extensiones de terreno se abrían a la producción, Argentina enviaba cada vez más alimentos y materias primas a las industrias europeas en expansión, y a sus poblaciones urbanas, al tiempo que usaba los ingresos obtenidos de sus exportaciones para adquirir los bienes industriales y la tecnología que faltaban para desarrollarse. Gran Bretaña, a la sazón potencia industrial del mundo y proveedor de capital, era el principal mercado de Argentina, su primer inversor, así como su principal suministrador de bienes industriales. Los capitalistas británicos invertían, o gestionaban, el ferrocarril, el telégrafo, el gas para el alumbrado de las calles, el servicio postal y los tranvías de Buenos Aires, así como el primer metro subterráneo de América Latina, la línea A del «subte» de la capital que, decenios más tarde, tendría en el cardenal Bergoglio a uno de sus pasajeros más fieles.

Junto con Nueva York —y durante algunos años superándola—, Buenos Aires fue el principal destino de la gran emigración que llegaba a América en transatlántico. En la década de 1880, un millón y medio de personas entró en Argentina, cifra que se eleva a los 4,3 millones si se considera el periodo comprendido entre 1890 y 1914. Más de un millón de italianos y unos 800.000 españoles emprendieron una nueva vida en el país, así como comunidades muy numerosas de polacos judíos y de sirios musulmanes, de galeses dedicados a la cría de ovejas (que se instalaron en el sur, en la Patagonia), y de suizos protestantes (que se ubicaron en Santa Fe). Solo la ciudad de Buenos Aires pasó de una población de 180.000 personas en 1869 a otra de un millón y medio en 1914. Los inmigrantes, en general, tenían educación y cierta movilidad social: se trataba de personas especialmente aptas para poner en marcha pequeñas empresas, y no tardaron en desbancar numéricamente a los propietarios de industrias locales nacidos en el país. Eso fue así sobre todo a partir de 1930, cuando las exportaciones y las importaciones argentinas disminuyeron de manera brusca, y la gente empezó a fabricar en el país lo que hasta entonces había importado.

Los principales beneficiarios de la edad de oro argentina fueron las familias de abogados, terratenientes y comerciantes con tierras y capitales que los argentinos agrupan bajo el término «oligarquía». Estos abandonaron el centro histórico de Buenos Aires —húmedo y lleno de mosquitos— y se construyeron suntuosas mansiones de estilo afrancesado en la zona septentrional de la ciudad, refrescada por el Río de la Plata, conocida como Barrio Norte. El sur, por el contrario, con su fétido Riachuelo, se convirtió en el lugar al que los pobres del interior acudían a iniciar una nueva vida, y se amontonaban en unas casas baratas conocidas como «conventillos», que se convirtieron en nidos de delincuencia y enfermedades, y en lugar de nacimiento de una música voluptuosa conocida como «tango». A finales del siglo XIX, era allí donde se construían la mayoría de las «villas miseria», o barrios de construcciones precarias.

A los inmigrantes europeos les iba mejor que a los que llegaban desde el interior. Aquellos lo hacían, como los Bergoglio, con acceso a capital y a formación y, en conjunto, se instalaban en la parte central de la ciudad, en áreas que iban desde el barrio obrero a la zona pequeñoburguesa. En este sentido, Jorge, nacido en el seno de una familia de inmigrantes italianos residentes en el barrio bonaerense de Flores (por entonces de clase mediana-baja), situado en el corazón de la ciudad, era un caso de lo más común y corriente. A causa de aquella gran emigración europea de trabajadores cualificados Argentina, igual que Estados Unidos, se convirtió en un país con una gran clase media, que concedía gran importancia al trabajo duro y al progreso; y también en eso los Bergoglio eran una familia argentina clásica.

Los abuelos de Jorge y sus hijos llevaban apenas dos años en Paraná cuando empezaron a sentirse los efectos de la recesión mundial. La muerte, a causa de una leucemia, del hermano mayor, Giovanni Lorenzo, que dirigía la empresa familiar de pavimentos, sumada a la crisis económica, que alcanzó su peor momento en 1932, acabaron con el negocio. El Palacio Bergoglio se malvendió, lo mismo que el panteón familiar de mármol. El

hermano menor se trasladó a Brasil, mientras que Giovanni Angelo y el hermano que le quedaba se dirigieron con sus respectivas familias a Buenos Aires.

Una vez allí, recurrieron a la ayuda de un sacerdote a quien Mario, el hijo de Giovanni (y padre del futuro Papa), había conocido durante anteriores visitas a la capital. Se trataba del padre Enrico Pozzoli, que pertenecía a los salesianos de Don Bosco, una orden italiana dedicada a la docencia que fue muy conocida entre la clase trabajadora urbana tanto en Italia como en las Américas. Mario ya había entrado en contacto con los salesianos en Turín, y se había dirigido a ellos en los meses inmediatamente posteriores a su llegada a Argentina, alojándose en su residencia siempre que se trasladaba a Buenos Aires. Allí había conocido a Don Enrico, que, a partir de 1929, se convirtió en su confesor, su mentor, consejero y director espiritual.

Tras la llegada de los Bergoglio, arruinados, a la capital en 1932, Don Enrico dispuso que les prestaran 2.000 pesos, con los que la familia adquirió una confitería en la que se servían café y dulces. Mario ayudaba repartiendo tartas en su bicicleta, hasta que, con la mejora de la economía doméstica, consiguió empleo como contable a tiempo parcial en varias empresas pequeñas. La Iglesia de Buenos Aires fue, en esa época, un asidero para Mario, igual que para muchas otras familias, pues movilizaba lazos de solidaridad y tejía redes de apoyo, como haría setenta años después en tiempos del cardenal Bergoglio, durante la crisis brutal de 2002-2003.

Mario había empezado a formar parte de un círculo de jóvenes que, en torno a la figura de Don Enrico, se reunían en la iglesia salesiana de San Antonio de Padua, situada en el barrio obrero de Almagro. Formaban parte de él los dos hermanos Sívori Sturla, que presentaron a Mario a su hermana Regina en aquella misma iglesia un domingo de 1934. Fue la hija de un argentino descendiente de inmigrantes italianos de origen genovés, y de una mujer piemontesa, Francisco y María Sívori Sturla, que vivían a pocas cuadras de la iglesia. Uno de los tíos de Regina era amigo íntimo de Don Enrico, con el que compartía su pasión por la fotografía; otros de sus tíos eran miembros activos



del Círculo Católico de Obreros. Ese fue el mundo dinámico, enteramente italiano y católico de clase trabajadora que conformó la infancia de Jorge. Esta giraba en torno a los padres salesianos, conocidos maestros y confesores. A los niños se les enseñaba a pedir la bendición de María Auxiliadora de los Cristianos, cada vez que se despedían de un salesiano.

Mario Bergoglio se casó con Regina Sívori el 12 de diciembre de 1935. Tuvieron cinco hijos, de los que Jorge fue el mayor. Hasta su muerte en 1961, Don Enrico siguió siendo el confesor tanto de la familia Bergoglio como de la de Sívori. «Si, en mi familia, vivimos como cristianos serios, es gracias a él», escribió posteriormente Jorge. Don Enrico bautizó a este el día de Navidad de 1936, en la basílica de María Auxiliadora de Almagro, ocho días después de su nacimiento, que había tenido lugar el 17 de diciembre. Su madrina fue su abuela paterna, Rosa, y su padrino, su abuelo materno, Francisco. Aunque el salesiano estuviera ausente durante el nacimiento y la ceremonia de bautismo del segundo hijo, Enrico sí administró el primer sacramento a los tres que siguieron.

Por entonces, Mario llevaba los libros de varias empresas pequeñas del barrio de Flores. Al principio, Regina y él alquilaron una casa humilde de dos plantas, que no tardaron en comprar. Fue una «casa chorizo» típica de la época, denominada así porque los ambientes estaban unidos uno tras otro, como los chorizos en una ristra; la de los Bergoglio tenía la cocina y el salón en la planta baja y los dormitorios en la primera. Fue allí, en la calle Membrillar número 531, donde nació Jorge Mario, y pronto le siguieron dos hermanos y dos hermanas: Oscar, Marta, Alberto y María Elena, la menor, nacida en 1948. Sus abuelos paternos, Giovanni y Rosa Angelo Bergoglio, vivían cerca, en su mismo barrio de Flores. Sus abuelos maternos, Giovanni y María Sívori, seguían residiendo en Almagro, a cuatro calles de la iglesia en la que se habían conocido sus padres.

Cuando Jorge era niño todavía eran visibles los restos de los fértiles jardines que habían dado origen al nombre del barrio: Flores. Los más viejos del lugar recordaban que el dictador Juan Manuel de Rosas poseía allí una quinta, y que Flores había sido la